

PENÍNSULA

SERVIR A LOS RICOS

ALIZÉE DELPIERRE

UNA MIRADA CRÍTICA A
LA INTIMIDAD DE LA ÉLITE
SOCIAL Y ECONÓMICA



A LA VENTA EL 5 DE MARZO

***Autora disponible para entrevistas**

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laia Barreda | Responsable de Comunicación Área de Ensayo
659 45 41 80 | laia.barreda@planeta.es

A medio camino entre el periodismo y la sociología, un libro que nos habla de un mundo de desigualdades desde la intimidad del hogar de los más ricos.

Gobernantas, mayordomos, empleadas de limpieza, niñeras, cocineros y chóferes trabajan desde la mañana hasta la noche, y a menudo de madrugada, para satisfacer las necesidades y los deseos de los millonarios a los que sirven. A través de una portentosa investigación, la socióloga Alizée Delpierre se inmiscuye en la vida privada de los superricos, un escenario paradigmático de las diferencias de clases y de las dinámicas de poder. Para ello, trabaja como niñera con el objetivo de observar de cerca a sus empleadores y ganarse la confianza de sus colegas del servicio doméstico.

El libro desvela cómo los propios trabajadores sostienen y protegen ese mundo inaccesible e idealizado, mientras alimentan la esperanza de su posible ascenso social. ¿Cuánto se paga? ¿Cuál es el coste emocional de esta servidumbre moderna? ¿Qué implicaciones tienen estas relaciones de extrema dependencia? Servir a los ricos nos invita a reflexionar sobre el sistema en el que vivimos, formemos o no parte de ese uno por ciento, a la vez que nos interpela directamente para que cuestionemos nuestra relación con el dinero, el privilegio y el poder.

«Describe con minuciosidad la compleja relación entre las grandes fortunas y su servicio doméstico.» *Le Monde*

LA AUTORA



ALIZÉE DELPIERRE es socióloga, investigadora en el CNRS y especializada en estudios sobre domesticidad, explotación laboral y grandes fortunas. Es autora de *Les domesticités*, además de codirigir *Les femmes de ménage dans l'intimité du domicile*. Desde hace varios años coordina el seminario «DomesticitéS», que reflexiona sobre cuestiones relacionadas con el trabajo doméstico.

©Cortesía de la autora

ALGUNOS EXTRACTOS DE LA OBRA

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

«Veintinueve. Ese es el número de milmillonarios que había en España en 2024, según la clasificación anual de la revista *Forbes*. Una cifra que aumenta constantemente y que sigue la tendencia mundial: cada vez hay más milmillonarios (2.781 en 2024) y su fortuna, estimada en 14,2 billones de dólares, ha alcanzado una suma sin precedentes. A los millonarios también les van bien las cosas: los estudios de Capgemini y del banco UBS demuestran que el número de individuos que poseen más de un millón de dólares sin contar el valor de su residencia principal ha llegado a los 22,8 millones. De manera que en el mundo cada vez hay más ricos, que cada vez son más ricos. Por supuesto, el reparto de la riqueza no es homogéneo en absoluto: Estados Unidos es el país donde se concentra — de lejos — el mayor número de millonarios (constituyen el 6,7 por ciento de la población), seguido de China (el 0,4 por ciento de la población) y de Francia (el 2,8 por ciento de la población). **Pero España no tiene nada que envidiar a esos tres primeros países de la clasificación: pese a que entre 2022 y 2023 la riqueza individual global se redujo un 3 por ciento a causa de la crisis y la inflación, el país ha escalado a la décima posición del ranking y los millonarios representan el 2,4 por ciento de la población española.**

«En España, al igual que en Francia, **los ultrarricos se agrupan en ciertos espacios: viven en Madrid, Barcelona y los alrededores, cuentan con segundas residencias en la costa y las Islas Baleares. Españoles, con dos nacionalidades o expatriados,** tienen una gran movilidad y viajan por todo el mundo, tanto por trabajo como por placer.»

«De todos los que entrevisté durante mi investigación, muchos viajan a menudo a España, tienen allí una residencia o frecuentan los palacios más hermosos. Ibiza es un destino que adora la juventud dorada de los barrios parisinos de alto copete, del mismo modo que a los jóvenes de las grandes fortunas españolas les encanta la Costa Azul.»

«Según **el Ministerio de Trabajo, en la actualidad hay más de 600.000 empleadas del hogar en España, de las cuales más del 62 por ciento son migrantes.** Los datos del Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones revelan que más del 87 por ciento de esas migrantes no son originarias de Europa, sino que en su mayoría proceden de América Latina (de Bolivia, Colombia, Argentina y Ecuador, especialmente). [...] el hecho de que la mayor parte de ellas se concentre en Madrid y Barcelona constituye un indicador del carácter elitista del servicio doméstico en España. De ahí que quepa suponer que casi todos los ultrarricos cuentan con servicio doméstico.»

LA MECÁNICA DE LA «EXPLOTACIÓN DORADA»

«La convivencia entre el servicio doméstico y los señores, pues, puede parecer provechosa para todo el mundo. ¿Acaso sus atenciones recíprocas, su comprensión mutua y los años que han pasado juntos demuestran que es posible una coexistencia pacífica entre dominadores y

dominadas, al margen de cualquier institución reguladora, tan beneficiosa para los unos como para las otras? Aparentemente, las sirvientas viven en un mundo aparte, junto a los ricos, con quienes comparten una especie de ecosistema perfecto. Sin embargo, detrás de su máscara dorada, la explotación bate récords. Se oculta con pequeños acuerdos y compensaciones materiales que no siempre resultan beneficiosos para todas las sirvientas, dado que se basan en el valor subjetivo que les atribuyen los ricos. Asimismo, la explotación consiste en una entrega ilimitada al trabajo que revela la violencia que ejercen aquellos cuyo dinero legitima su poder.»

«Trabajé para ella en París durante un año, junto con cinco sirvientas, durante varias horas todas las tardes, cuando los niños volvían del colegio. Además, fui con mis empleadores a su residencia de verano en China, durante dos meses de verano, en los que trabajé a tiempo completo, como *au pair*, junto con seis sirvientas que viven allí. Posteriormente, trabajé para otra familia, la de Margaret, Philippe y sus cuatro hijos, durante cuatro meses, varias horas diarias y durante algunos fines de semana, con dos sirvientas. Me encargaba de los deberes de los niños, de una parte de su colada, de acompañarlos en las salidas y de la cena familiar.»

«Esta obra demuestra que el principal mecanismo que impulsa el servicio doméstico es lo que denomino la **«explotación dorada»**. El término designa la lógica de sobrepaja que consiste en comprar, a un precio muy alto, la dedicación ilimitada al trabajo por parte de las sirvientas, una especie de «superpaternalismo» en gran parte inédito en épocas anteriores. En efecto, a cambio de que les sirvan, las grandes fortunas conceden a sus sirvientas un sueldo, una vivienda y se hacen cargo de varios gastos. Las ventajas económicas y en especie pueden ser considerables: sueldos de ocho mil euros, incentivos de varios centenares de euros, bolsos Chanel y zapatos Louboutin, relojes de lujo, visitas médicas con los mejores especialistas, matrícula en una escuela privada para sus hijos... Cuanto más trabajan y más dóciles se muestran las sirvientas, más compensaciones obtienen, hasta tal punto que, comparadas con otras trabajadoras, las sirvientas pueden parecer afortunadas en lo material. Sobre todo, teniendo en cuenta que, para la mayoría de ellas, el servicio doméstico constituye una alternativa al paro, a la pobreza extrema, al racismo y al sexismo estructurales.»

«Con su dinero, las grandes fortunas compran el derecho a ejercer la dominación en su casa, sin distancia, sin pausa, modelando el cuerpo y el espíritu de sus sirvientas con el pretexto de que son miembros de su familia como los demás y, por tanto, están sujetas a unas jerarquías de poder intrafamiliares.»

«El hecho de vivir en el paraíso, tener una buena carrera profesional, contar con el respaldo de los ricos y formar parte de su familia contradice un prejuicio muy arraigado: que las criadas son miserables, maltratadas y manipuladas por sus señores, y que el servicio doméstico resulta arcaico. Tanto los patrones como las sirvientas se posicionaron en contra de ese prejuicio con el que se enfrentan a veces. Parecían cerrar filas con el fin de idealizar sus relaciones y defender su complementariedad. A su modo de ver, el éxito social de los ricos depende de los sirvientes y el de los sirvientes depende de los ricos.»

EL SUEÑO DE LAS SIRVIENTAS

«Vivir en el paraíso, pues, no solo significa estar en contacto con el dinero y cosas bonitas, sino también gozar de una parte. Esa es la razón por la cual el servicio doméstico resulta tan atractivo cuando consiste en servir a ricos, no a la clase media o a pobres. Marius dejó su puesto de albañil para ser sirviente particular del inversor del hotel de lujo que estaba construyendo en Creta, a cambio de una serie de ventajas. Ningún otro trabajo a su alcance le habría procurado tantas.»

«No solo desean trabajar para ricos por interés económico — cobran más—, sino por prestigio, dado que entonces sus habilidades son objeto de alabanzas y reconocimiento por parte de gente que, a su juicio, es la personificación misma del refinamiento, del que su cocina también participa.»

«El vínculo entre señores y sirvientas no se reduce a una relación profesional clásica. Está a medio camino entre la de un profesor con su alumno y la de un padre con sus hijos. Entraña una dimensión socializadora, que alimenta otro aspecto de **la *illusio*: formar parte de la misma familia, pese a no proceder del mismo mundo**. Desde que entran al servicio de los ricos, las sirvientas escuchan a menudo que ellas también son miembros de la familia. El dinero que ganan, los regalos que reciben, la habitación de la que disponen, los libros que leen, la música que escuchan, el arte de poner la mesa y la manera de vestirse para servir en una cena con invitados emanan de los comportamientos paternalistas de sus patrones. El hecho de que estos las acojan bajo su ala alimenta sueños que explican la emoción que les causa ser conscientes de que están en deuda con ellos. Por su parte, los patrones desempeñan regularmente su papel de transmisores o de consejeros, sea en materia de dinero, de códigos, de valores o de gustos.»

«Al proclamar que las sirvientas son miembros de su familia, al demostrar que les salvan la vida y que son responsables de su felicidad, los ricos se sienten autorizados a dejarse servir y a ejercer su dominación. Es parte de la *illusio* del servicio doméstico: la asimetría entre señores y sirvientas queda compensada — y a menudo enmascarada— por el hecho de que los patrones hablen y actúen como benefactores. Se trata de una forma de violencia simbólica. Oxana no está obligada, por medio de la violencia física, a servir a Françoise y a su familia durante toda su vida, pero tácita-mente sí lo está porque Françoise asegura que le salvó la vida. Así, de manera sutil e invisible, los multimillonarios consiguen que sus sirvientas estén en deuda con ellos.»

LO QUE QUIEREN LOS RICOS

«Para aristócratas como Margaret y Bruno, pues, tener sirvientas significa que no han venido a menos y una muestra de su pertenencia a la «cultura aristocrática». Para los ricos cuya fortuna es más reciente, se trata de una cuestión ligeramente distinta: tener servicio doméstico forma parte de la parafernalia necesaria para construir su legitimidad ante otros millonarios, para demostrar que dominan los códigos. Antes de mantener un estatus social, los nuevos ricos deben acceder a él.»

«Cuando perteneces a cierto mundo, en nuestro caso el de las finanzas, el comercio, en fin, los negocios, todo eso, debes tener personal, es así... es una cuestión de estatus, tienes que vivir en

un complejo residencial caro, con seguridad privada, tienes que... Llevar a tus hijos a la mejor escuela privada de Londres, tienes que comer... yo qué sé, una ensalada traída de Perú o lo que sea [...].»

«Al delegar el trabajo doméstico y de padres, las grandes fortunas ganan tiempo para dedicarse a su trabajo, así como a sus aficiones y sus relaciones sociales. Contar con servicio doméstico, pues, no solo es una cuestión de «confort» o un «capricho de ricos», sino que se trata, en realidad, de una condición necesaria para su dominación económica, social, cultural y simbólica. Especialmente en el caso de las mujeres.»

«Aunque las mujeres acaudaladas no lleven a cabo las tareas domésticas ellas mismas, se encargan de relacionarse laboral y emocionalmente con sus sirvientas. Ese trabajo fundamental, aunque invisible, que consiste en considerar a las sirvientas como miembros de la familia, comprender sus sentimientos y controlar sus propias emociones frente a ellas, también recae en las mujeres de otras clases sociales que cuentan con señoras de la limpieza o ayuda a domicilio. Siempre son las mujeres, y no sus maridos, quienes tratan con las criadas y dirigen su trabajo en el día a día. En la práctica, la gestión del servicio doméstico de los ricos es, antes todo, **«un asunto de mujeres».**»

«Poco a poco, descubrí que el hecho de disponer de servicio doméstico no las libera por completo. Pese a estar exentas de los aspectos físicos e ingratos de ese trabajo, siguen sufriendo esa doble carga mental, mayor cuanto más numeroso sea su personal. Afirmer que el trabajo de las sirvientas libera a las señoras de todo el trabajo reproductivo sería hipócrita. Cuando recurren al servicio, sus obligaciones se desplazan. A partir de entonces, al valorar la bondad de su marido, que les «permite» tener servicio y las «ayuda» encargándose de remunerarlo, esas mujeres interiorizan el papel al que las somete su entorno social: son mujeres activas, por supuesto, pero sobre todo buenas amas de casa y buenas madres de familia.»

«Con Soraya, que trabaja de mayordoma para una familia de multimillonarios estadounidenses en Mónaco, nos divertimos haciendo una lista de los deseos más descabellados que ha conocido en casa de sus diferentes patrones [...] Querer asistir a un concierto de una estrella mundial en el Estadio de Francia y conseguir entradas en los palcos vip una hora antes de que empiece (aunque las entradas estén agotadas desde hace un mes). Desayunar un revuelto de dos huevos y medio, cocidos durante doce segundos exactos. Dormirse todas las noches contemplando unos fuegos artificiales a través de la ventana que da al jardín. Que le den las gracias cuando se dirige a sus sirvientas (incluso para dar una orden) con la fórmula «Le agradezco, queridísima señora, que me haga el honor de dirigirme la palabra». Que lo despierten con una nana cantada en canon por dos sirvientas. Sentarse a una mesa donde el espacio entre los cubiertos se haya medido al milímetro, con una regla. Que le sequen las manos y la boca después de cada plato, con una servilleta muy blanca, que huelva a una lejía concebida para bebés. La lista es larga. Para Soraya, los ricos son insaciables y «siempre quieren más». Ellos mismos lo reconocen, y precisamente porque tienen necesidades infinitas, necesitan sirvientas que las satisfagan.»

UN BUEN PARTIDO

«La **perla rara** es una sirvienta que conoce al detalle a sus patrones: sus horarios, sus costumbres, sus filias y sus fobias. La sirvienta ideal sabe satisfacer al instante todos sus deseos, hasta los más descabellados, y sabe anticipar sus expectativas incluso sin haber sido formuladas. Asimismo, la perla rara debe tener un comportamiento ejemplar: debe mostrarse sonriente, discreta y silenciosa, pero siempre presente. Debe saber guardar silencio y tomar la palabra en los momentos oportunos, no inmiscuirse en lo que no le incumbe, sin dejar de estar pendiente de las preocupaciones de sus patrones, pero sin que se note. Debe ser educada, tener empatía, cualidades humanas y morales. Por último, y por encima de todo, la perla rara debe ser fiel a sus patrones y consagrarse a ellos por completo.»

«La *illusio* del servicio doméstico también se basa en esa retórica. Las grandes fortunas pretenden que sus empleadas sean apasionadas, que no sirvan por dinero, sino por placer y entrega.»

«Cuando las patronas seleccionan a hombres, aseguran que pueden percibir si es de confianza solo por su rostro. Por el contrario, en el caso de las mujeres, todo su cuerpo resulta elocuente. Las patronas examinan con detenimiento los atributos corporales (la forma del cuerpo, por ejemplo) y el *hexis* de las candidatas, es decir, su manera de mover el cuerpo y de vestirse. La sonrisa, el maquillaje, la ropa y la forma del cuerpo de la sirvienta están muy presentes en las palabras de Séverine, que interpreta como señales de la poca honradez y fiabilidad de la candidata filipina. Séverine incluso confiesa su temor a que esta le haga sombra como mujer seductora. Se trata de un miedo recurrente entre las patronas, que no ocultan su temor a que sus maridos sean sensibles a los encantos de las sirvientas.»

«**Cuando las patronas juzgan el aspecto seductor de una candidata, ante todo expresan su desprecio de clase por los estratos populares.** Al ponerse pintalabios rojo, tacones altos y ropa entallada, las sirvientas que en realidad no dominan el buen gusto burgués creen acertar.»

Una cuestión de raza

«Las mujeres y los hombres que trabajan en el servicio doméstico están sometidos por igual a esos clichés racistas y son conscientes de que, en gran medida, los van a contratar por esos estereotipos, así que **«juegan a hacerse la negra»**, como dice cínicamente una sirvienta llamada Christelle.»

«Que huelen mal, que tienen el cuerpo sucio o una higiene insuficiente son críticas habituales a las sirvientas procedentes de África, Asia y América Latina, por parte de ricos originarios de Europa continental y del norte, de Rusia, de Estados Unidos y de Australia. No solo se considera sucias a esas sirvientas por su color de piel, sino también porque proceden de países que los patrones tachan de «subdesarrollados», donde supuestamente desconocen las reglas básicas de la higiene.»

«Para servir a los ricos, Rachid debe ser, tal y como lo formula él, como **«un huevo Kinder»**: **«Marrón por fuera, blanco por dentro»**. Es decir, habla un francés perfecto, sin acento, y en las

entrevistas de trabajo insiste en su amor por Francia y en que no es musulmán, hasta tal punto que se fuerza a comer cerdo en casa de sus patrones.»

«La exotización del cuerpo de las sirvientas se enmarca en un imaginario poscolonial que las ciencias humanas y sociales han descrito exhaustivamente. **Las grandes fortunas seleccionan su servicio doméstico a partir de jerarquías y de estereotipos raciales que reflejan la dominación de clase y de raza que estructura las relaciones sociales, algo que contribuye a infravalorar a las sirvientas.** El hecho de afirmar que las mujeres negras son «maternales», que las asiáticas son «dóviles» o que los hombres árabes «tienen mucho aguante» legitima que los contraten como servicio doméstico, al mismo tiempo que los excluye de otros sectores para los que supuestamente no están capacitados. Esos estereotipos reafirman a los ricos en la idea de que, disponiendo de servicio doméstico, contribuyen a salvar a una parte de la población que, de lo contrario, no encontraría otro trabajo, porque procede de la inmigración, no tiene estudios, no es demasiado inteligente, etc. Exotizar las cualidades de las sirvientas también legitima la división del trabajo en una misma casa: a las sirvientas blancas y/o procedentes de Europa y de Estados Unidos les corresponden los puestos de dirección, mientras que las demás deben desempeñar puestos subalternos.»

CUERPOS EN EL TRABAJO

«La «entrega propia» que tanto preocupa a Mariana, que consiste en cuidar constantemente a los demás, también me atañe en tanto que mujer. [...] Si nos afecta tanto en el pensamiento y el cuerpo, no es porque seamos «demasiado sensibles», como dice Mariana. Se trata de una forma de estar en el mundo determinada por el género, de un papel social construido como «femenino» que hemos incorporado plenamente⁴ y que interpretamos ante nuestras familias, nuestros amigos, nuestros colegas.»

«Mariana forma parte de las mujeres que la socióloga Arlie Hochschild **denomina «el nuevo oro del mundo»: mujeres de países llamados del sur que dejan atrás a su paupérrima familia para ocuparse de familias ricas de los países llamados del norte.** En casa de las grandes fortunas hay infinidad de mujeres como ella, procedentes de una primera oleada migratoria. A veces, emigran con su marido y sus hijos, pero lo más habitual es que se instalen solas en Francia u otros países europeos y manden dinero a su «país». Se trata de mujeres racializadas, buscadísimas entre los empleadores por sus supuestas cualidades como trabajadoras domésticas entregadas.»

«La dureza física es una de las características del trabajo de las sirvientas, quienes, a lo largo del día hacen esfuerzos constantes, algunos muy fuertes, que pueden ocasionarles distintas dolencias. **Todas las sirvientas que he conocido padecen dolores de espalda, tensión muscular en las piernas, fatiga y dolor de cabeza.** No en vano, su profesión es una de las más expuestas a los accidentes laborales y a las dolencias musculares y óseas.⁹ Su agotamiento corporal se exagera con la exposición permanente a olores que les repugnan: los de los productos de la limpieza, pero también de la cocina, los retretes, las basuras, los desagües, la ropa sucia o la comida estropeada.»

«LA ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO (OIT) CALCULA QUE OCHO DE CADA DIEZ EMPLEADOS DEL HOGAR SON MUJERES.»

«La sensación de ser indispensable en la vida cotidiana de los ricos empuja a las sirvientas a demostrar su virtuosismo trabajando, a no confesar — ni siquiera sentir— el dolor y la enfermedad. [...] **A fuerza de tragarse las lágrimas y el dolor, tuvieron que amputarle una**

pierna tras una parálisis. Ahora sí que se toma el tiempo de cuidarse; por su parte, los hijos de sus patrones, en cuya casa vive, por fin se han dado cuenta de que necesita atención médica regular. «Hace cinco años, una buena mañana les dije que iban a amputarme, que por dentro de la pierna tenía necrosis», cuenta como si nada. «¡No daban crédito! Ni siquiera se habían fijado en que llevaba varios meses con la pierna paralizada.» Mientras que María-Celesta veía a diario a sus señores y a sus hijos, estos no parecían prestarle atención.»

«Todas las sirvientas me señalan la misma paradoja: están permanentemente en casa de sus empleadores, deben estar disponibles en cualquier momento, pero, sin embargo, les da la impresión de ser invisibles. Esa tensión entre disponibilidad absoluta e invisibilidad se exagera en el caso de las internas, hasta el punto de afectarlas física y anímicamente. [...] ¿Por qué los ricos ignoran a su servicio doméstico, si a veces lo exhiben para alardear ante los demás? [...] **Las sirvientas, pues, forman parte del decorado: en el universo del servicio doméstico, «ser muebles» significa permanecer discretamente en la esquina de un salón** donde sus patrones están cenando o tomando el té con invitados, a punto para atender a sus peticiones, como por arte de magia.»

Un cuerpo que no te pertenece

«Los ricos también pueden transformar a sus criadas en siervos, cambiándoles el nombre de pila a su antojo.[...] Imponer el mismo nombre — que, además, tiene una connotación extranjera— a todas las empleadas que se suceden en un puesto de trabajo es una manera de reducir su identidad a su condición de sirvienta y de marcar las fronteras de clase. Si esa práctica está tan extendida entre las mujeres, en particular, es porque, para las patronas, es una forma de reforzar la distancia entre ellas y sus sirvientas, con las que temen identificarse o compararse.»

«**Mariana me contó que, una vez, la violó el hijo de unos antiguos patrones.** [...] Aunque no todas las criadas sufran violencia o violaciones, el temor a que su patrón les toque el culo o a que el hijo de la familia las empuje sobre una cama es algo habitual para muchas de ellas. «Ya me habían avisado: trabajar aquí es increíble, pero ¡cuidado!, esta gente está por encima de ti, así que puede hacer lo que quiera contigo», resume Fatou. Las criadas son conscientes de que pueden ser víctima de depredadores sexuales. En la medida en que trabajan en la intimidad de los patrones, «no hay tanta compostura», dice Mariana. De ahí que deban desconfiar de todos los hombres de la casa, incluidos sus compañeros de trabajo. [...] Esos actos son el colmo de la dominación que las grandes fortunas ejercen sobre el cuerpo de las mujeres que les sirven. «Cuando oí que Strauss-Kahn había agredido a una trabajadora del Sofitel, ¿te acuerdas?, ¡no me extrañó lo más mínimo!», suelta Fatou, que compara esa agresión con la que han sufrido muchas de sus amigas que trabajan de sirvientas y doncellas.»

EL DERECHO A EXPLOTAR

«Como necesitaba dinero para independizarse de sus padres, se presentó a una oferta de trabajo de jardinero en un castillo cerca de su casa. Lo contrataron de inmediato. Poco a poco, su «señora» — a quien todavía llama así— lo obligó a travestirse para parecer una criada. Primero empezó a llevar los mismos vestidos y delantales que las demás sirvientas del castillo. Un día, la mayordoma se los dejó encima de su cama. Asegura que no tuvo más opción que ponerse esas prendas de ropa. A continuación, tuvo lugar una feminización forzada de su nombre. Después, la obligación de llevar una peluca con el pelo largo, recogido en la nuca en un moño, un discreto maquillaje y unos sujetadores llenos de algodón. Cuando trabajaba al servicio de los aristócratas propietarios del castillo, pues, Florent parecía una mujer. Nada más incorporarse a su nuevo puesto, tuvo que hacer un cursillo en una escuela de hostelería muy prestigiosa de la región, para «ser vestida», dice, con la complicidad de la formadora, que era amiga de su patrona. Junto con su «señora», viajaba regularmente a París con el propósito de probarse nuevos delantales y blusas en una tienda de uniformes situada en el distrito XVI. [...] En el castillo donde trabajaba, todas las sirvientas llevaban pañales, para no tener que ir al cuarto de baño durante el servicio y, así, ganar tiempo.»

«El trabajo en negro existe, pero la mayoría de las grandes fortunas tienen empleados «en gris»: solo declaran una parte de las horas de sus sirvientas con el objetivo de beneficiarse de deducciones fiscales, limitadas a un número de horas que sus criadas superan con creces. Para colmo, no se firma ningún contrato.»

«El carácter «interesado» que las patronas aristócratas atribuyen al contrato de trabajo se opone a su concepción del servicio doméstico como una actividad basada en el don y no en una lógica contable. Perciben el contrato escrito como una traba a la flexibilidad y a las relaciones intrafamiliares de las que supuestamente forman parte las criadas. Su subordinación está legitimada por el carácter *a priori* íntimo, personal, emocional y «afectuoso» de las relaciones, que el contrato de trabajo escrito enfriaría y despersonalizaría.»

«El caso de Florent es muy revelador de los mecanismos que subyacen a esa explotación dorada. **Las normas de género encierran a las mujeres bajo la dominación masculina, de manera silenciosa y violenta, dado que operan en el hogar y la familia. El hecho de tener a un hombre en el servicio doméstico subvierte el paradigma de género que marca las relaciones entre patrones y sirvientas.** Casi todas las patronas con empleados masculinos reconocen lo mismo, algo que una de ellas resume a propósito de su cocinero: «Con él soy más seca, porque debo imponerme, pero a menudo me da la impresión de que digo que sí a todo lo que me pide, sin pensarlo». Las mujeres ricas se sienten menos capacitadas y legitimadas que sus maridos para dirigir a hombres en su casa.»

«Es así, los ricos te compran. ¡Pero a mí me compraron más barata que a las demás! Porque no decía nada. No les daba miedo. No tenía los papeles franceses. Necesitaba dinero. Me decían que cobraba el sueldo mínimo, pero en negro. [...] Ahora lo estoy pagando, porque nunca tendré una buena jubilación.

«Joyce ha sido sirvienta en Níger, en Sudáfrica, en Zimbabue y en Francia. Siempre ha trabajado en negro. Trabajaba más de dieciocho horas diarias, le daban alojamiento y comida, pero solo

las sobras. Durante tres años, en Francia, sirvió a una familia francesa de altos funcionarios en la región de París. En su casa, no tenía permiso para salir a la calle y, por tanto, no podía comprar nada de comer para completar su escasa alimentación, compuesta de restos de sopa, huesos y mendrugos de pan. Sus patrones le habían escondido el pasaporte. Cuando creían que no era suficientemente rápida, le daban bofetadas. «Me decían: “Tú sí que eres africana: ¡eres lenta y floja!”», recuerda. Perdió más de quince kilos. «¡Un régimen baratísimo!», bromea, como si tratara de desdramatizar una experiencia que la traumatizó. Ganaba un tercio del sueldo mínimo de la época. «Pero me bastaba», apunta. Mandaba casi todo el dinero a Níger, para sus dos hijas, y se quedaba una ínfima parte «por si acaso». Se sentía afortunada. En la actualidad, Joyce asegura que no estaba tan mal y que incluso pidió a sus patrones que no la declararan.»

«Al afirmar que situaciones laborales violentas y en ocasiones ilegales — o al menos poco ventajosas— merecen la pena, las sirvientas subrayan de manera indirecta la miseria de una condición colectiva: la de las clases populares, la de las mujeres, la de los inmigrantes o las personas racializadas. Esa condición mísera aún autoriza más a las grandes fortunas a violar el derecho y darles lo mínimo: habida cuenta de lo que han vivido esas sirvientas, de lo que son y de lo que pueden esperar, sus empleos siempre son «mejor que nada».»

«Arriesgarse a perder un trabajo al servicio de los ricos significa, además de perder el alojamiento y numerosas ventajas en especias, perder una familia. Pese a que la pertenencia familiar no es más que una fórmula retórica, usada por unos empleadores particularmente explotadores y paternalistas, las sirvientas permanecen fieles a ellos por temor a ser proscritas y aisladas.»

QUEDARSE O MARCHARSE

«La partida genera emociones muy intensas en las que cristaliza la *illusio* del servicio doméstico: la sensación de haberse vuelto indispensable, la promesa implícita de ser fiel y de consagrar la vida a los patrones, el agradecimiento por haber sido contratada, alojada, alimentada y compensada con regalos cuyo valor económico o emocional es casi incalculable suelen provocar un sentimiento de culpa en las sirvientas. A ello se suma el apego real que sienten por la familia a la que sirven y el miedo a la reacción de las patronas, a su venganza, a no volver a encontrar trabajo o a una soledad repentina. Sin embargo, las sirvientas se marchan de todas formas. Superan el apego y el miedo.»

«De manera más o menos difusa y en distintos grados, a las sirvientas a menudo les da la impresión de estar en su sitio en casa y entre las grandes fortunas. Aunque no lleguen a «ser» y considerarse unas iguales de sus patronas, a través del sinfín de experiencias que les procuran sus empleos, acaban estando en profundo acuerdo con lo que estas son y hacen. [...] en tanto que tráfugas que pasan de una clase social a otra y descubriendo un mundo diametralmente opuesto al suyo, el de la aristocracia y la gran burguesía, acaban apropiándose de los códigos de un universo que hasta entonces desconocían, donde logran sentirse a gusto durante gran parte del tiempo.»

«La interdependencia entre patronas y sirvientas, pues, es una ilusión: estas son suficientemente numerosas en el mercado de trabajo como para que las primeras puedan encontrar varias perlas raras. Las mujeres, en particular, son una mano de obra más frecuente que los hombres. Por tanto, las exigencias de las grandes fortunas respecto a ellas son más altas: ante el menor error, la más mínima relajación de su control emocional o corporal, o la más tímida contrariedad ante alguna preocupación de la familia que las emplea, las sirvientas resultan sospechosas. De hecho, como ocurre en otros mercados de trabajo, el cuerpo de las mujeres envejece más deprisa que el de los hombres [...] Para conservar su empleo, pues, las sirvientas deben redoblar sus esfuerzos por ser irreprochables en comparación con sus colegas masculinos.»

CONCLUSIONES

«Las compensaciones de esa relación de dominación no atenúan en absoluto la violencia de un orden social que las grandes fortunas se afanan por preservar, para bien y para mal. Esa violencia es una condición, implícita o explícita, de las ventajas que ofrece el servicio doméstico.»

«Pueden hacerlo porque ni el Estado ni la justicia controlan los empleos que crean. Su dominio de las leyes, de las estrategias para sortearlas y optimizarlas a su favor, así como su capital social, les confieren un poder indiscutible. Tienen la capacidad de crear empleos que desean crear y de proceder de tal manera que su personal doméstico no se queje ante las autoridades. Cuando las sirvientas son vulnerables en el plano socioeconómico, eso es pan comido.»

«La mercantilización de los servicios reemplaza el tejido relacional de ayuda mutua entre familiares, amigos o vecinos, que se está desintegrando a medida que la sociedad se vuelve más individualista, y que no tiene la misma densidad para unos que para otros. En lugar de reforzar los privilegios dejando el servicio doméstico en el ámbito de la economía de mercado, los poderes públicos podrían crear un verdadero servicio público de ayudas y de servicios a domicilio, accesible para todas y para todos, que genere empleos estables que se beneficien de un estatuto protector equivalente al de los funcionarios y de unos ingresos dignos. [...] los repartidores de Deliveroo, de Uber o de Flink son los nuevos rostros de un servicio doméstico externalizado, bajo pedido, que reproduce a gran escala los privilegios de las grandes fortunas [...] ¿Qué sentido tiene una sociedad en la que hay que liberarse de las tareas más vitales, en un sentido literal y figurado, y dejarse servir por pobres, inmigrantes y mujeres?»

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laia Barreda | Responsable de Comunicación Área de Ensayo

659 45 41 80 | laia.barreda@planeta.es

